

EL COMPLEJO DE PETER PAN

El tiempo es relativo: una cosa son los años que pasan y la otra son los años que se aceptan. Sin que ello sea muy fiable, la cronología aproxima la edad de una persona, si bien es cierto que a menudo muchos adolescentes estancan su evolución respecto a los años que pasan y se quedan en mentes adolescentes en ubicaciones sociales adultas, o algunos mayores menguan en su vejez hasta la niñez. Si ya es difícil conocer la edad mental de un humano, la cosa se complica si queremos conocer la edad mental de un colectivo de humanos. ¿Qué para qué? Para definir su responsabilidad, sus derechos y sus deberes. Bueno, si un bebé, o un niño, no son responsables de sus actos, legalmente ello lleva a la tutoría de sus padres o equivalentes. Si un adolescente delinque o le tira un tiesto sobre la cabeza de un paseante, va a un tribunal de menores y no de mayores,... y no votan hasta los 18 años.

Ha habido intentos de evaluar la edad mental de un niño por hitos en su desarrollo cognitivo, como son el reconocerse en un espejo, la autorreferencialidad, la capacidad de planificar y comprender que esperando obtendrá diez caramelos y no esperando sólo uno,... hay infinidad de experimentos en los que las clases sociales, las tribus territoriales o los clanes de intereses, no alcanzarían demostrar una edad suficiente ni para hacer la Primera Comunión. No somos capaces de gestionar los recursos naturales finitos, teniendo muy claro que “el Invierno se acerca y la noche alberga horrores”, y los indicios de racionalidad en el trato con otras tribus -comercio-, se dispersan a menudo en guerras. Hay argumentos científicos que estiman la edad media de una tribu o “pueblo soberano” en el equivalente de entre los 4 y los 7 años (aunque según se mire, se podría rebajar a antes de la edad máxima del destete, pues las naciones siguen obsesionadas con llorar, sorber y mamar).

Nadie plantea que la edad de responsabilidad civil o penal de un niño baje a los 4 años, como nadie plantea que tenga que presentar una declaración de renta. A pesar de ello, por alguna extraña voluntad política, se tiende a equiparar en la Declaración de Derechos Humanos, a los “Humanos” con los “Pueblos”, como si tuvieran los mismos derechos y deberes, aunque cuando conviene tengan unos derechos, pero no responsabilidades. El humano comete un delito si roba a su vecino, la tribu no, pues siempre encontrará una justificación infantil en “Pepito me ha pegado antes”... incluso “in fraganti”, al lado del jarrón roto en el suelo, afirmarán que ellos no han sido. ¿Qué edad tiene un pueblo? ¿es adulto?, ergo ¿tiene derecho a voto?, y si lo tiene en caso de contradicción ¿es prioritario o subsidiario del voto de sus ciudadanos?

Las hormigas son muy tontas y el código de sus interacciones, muy escaso, sin embargo construyen hormigueros mucho más inteligentes colectivamente que los individuos que las componen. Los humanos son muy listos, con interacciones sociales aparentemente muy complejas, y sin embargo construyen sociedades tontas, en el mejor de los casos equiparables en inteligencia a la de un chimpancé, si atendemos a los criterios experimentales antes mencionados. Con los siglos vamos construyendo sociedades más inteligentes, algunas incluso hasta parecer pensar colectivamente como un niño digno de tomar una Ostia, pero parece que esa evolución nos da miedo. Los avances tecnológicos, sociales y la Globalización, nos está dando alguna forma de vértigo, y con miedo frenamos, nos oponemos a nuestra propia evolución, como si un mundo más

interconectado, más complicado, más abundante, nos aterrorizara,... como niños que se asustan cuando les acuestan, porque creen que bajo la cama o en el armario, habitan monstruos.

Ante la frustración del crecimiento de la complejidad y la interconexión, el repliegue de los países árabes les ha conducido de una edad histórica que de andar llamando a las puertas de la modernidad, ya un par de siglos atrasada respecto a las naciones occidentales, involucionan a un retroceso hasta la Edad Media. En Oriente ha habido de todo: desde los japoneses que, ante similares circunstancias, superaron su vértigo, hasta los chinos que primero actuaron de modo similar a los árabes y después han cambiado de opinión, incorporándose a la modernidad. Otras naciones, siguen como en la guardería, sin hacer nada, apáticos, asustados pero sin ir ni en un sentido ni en otro, como colgados de una cornisa sin poder moverse, esperando abatidos a que cuando vengan a buscarles sus papás, romper en desconsolado llanto.

En Occidente el Romanticismo fue la reacción ante el vértigo de la Ilustración, un paso atrás para poder avanzar en el científico siglo XX, y reformularse para dar pasos atrás con los apoteósicos nacionalismos desde Hitler a Mao, de Stalin a PolPot, cuando se desmadraron. Ante la difuminación de las fronteras, la interconexión global y la velocidad de cambio, el miedo nos está haciendo parecer esos mismos niños que en vez de jugar, pintar y reír, esperan la hora de recogida sin querer comerse el bocadillo. Nos estamos enfrentando al vértigo, al miedo ante el futuro, ante la oscuridad, buscando refugio en el pasado, en los tutores -líderes-, en la esperanza de que pronto vengan a recogerlos... olvidando que en la Guardería, en actitud positiva, uno se lo pasa bomba a la vez que se crece y aprende.

Nuestra sociedad tiene el Síndrome de Peter Pan, pero quiere ser como los mayores cuando conviene: someter al ciudadano, a menudo difícilmente equiparables en edad mental a la de un adolescente, a la dictadura de entes colectivos con edad mental de niños recién destetados. Si ya hay que hacer un esfuerzo de tolerancia para que la voluntad del individuo sea tomada como de adulto, es absurdo pretender que la voluntad del pueblo sea equiparable a la del ciudadano. De la voluntad del Pueblo emanan súbditos, de la voluntad de los individuos se construyen los pueblos. *Gemeinschaft* y *Gesellschaft* que los llamaba Tönnies, y que no están al mismo nivel, como bien reconoce la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que no es la de los Pueblos Humanos.

A los autopostulados como tutores les interesa, como a la nobleza medieval, atar al súbdito a la servidumbre de la tierra, y ahora pretenden atar al súbdito a la servidumbre del territorio que frecuenta un Pueblo. Los capitales se mueven libres por el mundo, las clases altas se mueven libres por el mundo, los productos se mueven libres por el mundo, pero a las clases bajas conviene mantenerlas en sus rediles territoriales o sociales. Herido Dios, el método de pastoreo es el nacionalismo. Cierto es que en nuestra dimensión humana contemplamos una dimensión social, pero no lo es que la segunda, con responsabilidad y capacidad infantil, deba someter a la primera. No están al mismo nivel ni en derechos ni en deberes, y para ser consecuentes así debe la democracia proceder: someter al Pueblo a la voluntad de los individuos... pero andamos hacia atrás en la evolución del hombre.

Se venda con la estética que se venda, lo digan barbudos, hípsters, hippies, rastas, abertzales, pijos, curas o monjas, someter al individuo a una patria, a una causa, a un dios, es autoritarismo. Nos podemos estructurar como libremente los colectivos se quieran estructurar, siempre disponiendo el Pueblo bajo la decisión de los ciudadanos, y entre pueblos establecer las relaciones que asuman su limitada responsabilidad recíproca, y por ello sus limitados derechos. El sentimiento de pertenencia es un arcano que justifica la cesión de responsabilidad de un adolescente a un niño, a la vez que obtiene los derechos de un adulto, tales como decidir, y al proceso de decisión llegamos. El derecho a decidir es del ciudadano, jamás del pueblo, salvo que el ciudadano se inhiba por declararse inmaduro como súbdito, y ceda su voto a su tutor, que es en el fondo lo que pretende el Nacionalismo.

En 1994 los Nobel reconocieron en J. Nash, por primera vez la “ciencia” de la decisión, en ese caso por su lógica y lo que se llama “teoría de juegos”. En 2002, se amplió el campo a la psicología con D. Kahneman y en 2017 se ha consolidado el paradigma moderno con R. Thaler,... Votamos cada día con cada decisión, y toda decisión es económica: los buenos no son éticos y los malvados racionales. Sin embargo el Nacionalismo no se ha enterado y sigue bajo la tesis romántica del “hombre natural” de Rousseau y del Derecho Humano equiparable al Derecho de la Tribu. Para tomar una decisión el hombre atiende a argumentos racionales, emocionales y éticos, en una maraña de interacciones que le lleva a una conclusión constructual: mínimo esfuerzo a máximo beneficio, en un tiempo finito para depurar la información. El modo de medir esa decisión no es sólo el mercado en “precio”, sino el mercado de “dopamina” o recompensa y el mercado de “inversión en sacrificio”. Cada individuo establece una equivalencia entre estas monedas y toma una posición, una opinión, una tendencia, una voluntad,... una decisión siempre económica cuando traduce moneda, monoamina y castigo a una unidad íntima, distinta en cada individuo, pero similar para cada cultura.

Estaremos dispuestos a pagar más por un producto o servicio, por una postura política o comportamiento social, que nos ofrezca esa diferencia en satisfacción emocional, siempre evaluable aunque difícilmente evaluada en hormonas de recompensa. Ese queso que nos recuerda momentos íntimos de la niñez, nos resulta más apetitoso que otro de mayor calidad y bajo en calorías. Lo llamativo del último Nobel, es que cuando se introduce el valor de la ética en el conjunto de parámetros que se traducen en una “moneda común”, resulta más eficiente la ética negativa que la positiva: el sacrificio para que otro reciba el castigo por no haberse comportado según la moral colectiva, que el esfuerzo por hacer un bien a otro semejante.

Hay teoremas matemáticos que demuestran que la suma del comportamiento de los individuos solo puede sumar un comportamiento colectivo si la estructura social es lineal, es decir tan básica que la interacción entre los ciudadanos se limita a saludarse por la calle. Si fueran extensivos los experimentos que consolidan la psicología conductual a una sociología conductual, podríamos comprender las tácticas que les funcionan a los líderes para arrojar a un pueblo contra otro, a la vez que esconden sus miserias bajo banderas e himnos. La venta de argumentos racionalistas -ciertos o falsos, pero normalmente medio de todo- de balanza fiscal, pagos y contraprestaciones materiales; se refuerzan con el valor de la emoción vinculada al sentimiento de pertenencia y soportada por una selección de historias de afrentas -reales o inventadas,

pero normalmente medio de todo-; pero son completadas por la voluntad de sacrificio para castigar la supuesta inmoralidad -verdadera o falsa, pero normalmente medio de todo- de otro pueblo, igualmente infantil en sus planteamientos.

Una de dos: o la aparente correspondencia entre el proceso de decisión social e individual, es una casualidad; o la interacción social es tan básica, como para entender una expresión lineal de la democracia. Un ladrido, un voto. La Causa, la Patria o el Dios, reduce la edad mental de niño a bebé, pues llorón vive pendiente de la teta, aunque sin la excusa de la ignorancia. Tanta insistencia en proteger la cultura colectiva y tan poca en dotarla de contenido. Los que dentro de una cultura colectiva leen, estudian, aprenden,... son salvados y protegidos por los que no leen, no estudian y no aprenden... No se entiende porqué aman una cultura que no quieren aprender. Una sociedad de estructura simplona, reducida a culturas colectivas infantiles, idealizada al nivel de los cuentos para dormir, de perfil intelectual bajo y representadas por banderas, justificará -y si es necesario inventará-: la insolidaridad, la añoranza y el sacrificio por el castigo.

Ante el miedo o la ansiedad, las ovejas se quedan quietas mirando un tronco o un muro, y si no hay para todas, el culo de la que antes ha llegado. Por lo que se ve, ahí debemos estar, y lo que es realmente preocupante y sorprendente es que parte de la minoría que se suponía está motivada para desarrollar la estructura social, defender la cultura por el sencillo procedimiento de absorberla y ponerla a disposición de otros, se espanta ante la complejidad, retrocede y se refugia mirando fijamente la cultura colectiva, bastante más tonta que la individual, una vez anulada toda crítica y análisis, resumen para tontos de la interacción y suma de las culturas de los individuos. Si del esfuerzo se ejercita la inteligencia, doble esfuerzo necesita retroceder hasta la edad mental de un bebé de teta... la de la sociedad civil nacionalizada, en la que el pensamiento es único. Si se va a autodegradarse uno en nacionalista, mejor haberse ahorrado el haber estudiado y dedicado el tiempo a ligar, jugar, comer palomitas y mirar partidos de fútbol: total habría llegado más lejos en defender "su cultura".

No hay nacionalismo positivo, siempre es negativo. Nadie se siente distinto por tenerse por peor, sino por mejor y esconde algún grado de xenofobia e insolidaridad. Sólo el grado de equiparación entre las edades mentales de ciudadanos y tribus, distingue la maldad de unos respecto a las de otros. ¡Cuánta energía invertida en andar hacia atrás, en un camino que parecía apuntar a sociedades más interrelacionadas, cultas, justas, libres y responsables! Si no fuera tan patético, por estatura, barba y arrugas de adulto, la arrogancia del orgulloso de ser más tonto, resultaría graciosa, en cuerpo de adulto y actitud del niño refunfuñando ante la maestra, porqué se le ha acabado la tinta de su rotulador. No generan ternura, sino repelús, y si bien la mayoría sigue embelesado ante banderas, pancartas y se cuadran cantando chorradas -que si analizas las letras, se te ponen los pelos como escarpas-, o vitoreando a sus referentes futboleros, alguna parte minoritaria de la especie humana, contra las hordas de ignorantes e inteligentes que se comportan como aquellos, sigue abriendo camino hacia una Humanidad mejor, o al menos más interrelacionada y rica.

En el espaciotiempo relativista hay gente que le preocupa el espacio -uno es de aquí o de allí- y otros que viven pendientes del tiempo -románticos del XIX, o reciclados

nacionalistas del XX, ante los que incorporan el futuro en su vida sin temor-. ¿En qué momento la izquierda del hermanamiento entre los proletarios de todos los pueblos, los enemistó por fronteras? ¿En qué momento la izquierda se puso del lado de los ricos de cada pueblo, para protegerse de los pobres de otras lenguas? ¿En qué momento la izquierda renunció al desplazamiento de renta, desde los que más a los que menos? ¿En qué momento la izquierda prefirió defender a los explotados por la historia, de los explotados por el capital? Los nobles ataban a los siervos por contrato de servidumbre: protección por homenaje. Los nacionalistas se postulan como siervos voluntarios, buscando un señor que les acepte el contrato... pero ya no hay nobles, solo tutores advenedizos.

Los niños tienen por referentes a la familia. En la adolescencia se buscan referentes en el entorno social próximo. Los adultos se ubican en referencias hacia los niveles familiares, grupales -cortos- y sociales -amplios-. Para los adultos que ya no necesitan de mecanismos de aceptación popular en su evolución desde la niñez hacia la madurez, el comportamiento de niños y adolescentes es tierno y cansino, desesperante y cansino, para acabar siendo de mayores, frustrante y cansino. Visto desde un adulto, el comportamiento de los pueblos es ridículo y tierno, salvo que se pongan tontos y desesperantes. Visto desde un nacionalista, su sentido del ridículo es anulado por el orgullo, para resultar patético por intelectualmente zafio.

Los hormigueros inteligentes no consiguen hacer hormigas inteligentes; pero de ciudadanos inteligentes obtenemos tribus tontas, que sí consiguen hacer súbditos más tontos de lo que ya eran... se alegran y como adolescentes, hacen el ridículo. Individuos inteligentes se retroalimentan en proceso degradativo hasta involucionar hacia la estupidez y desperdiciar la cultura para propias decisiones, en cultura colectiva para decisiones tribales. Defender la cultura, como si fuera un conjunto de conocimientos, valores, abstracciones, relatos, códigos,... ajenos a uno mismo, sustituida por el conjunto único que hace a un humano persona por enriquecimiento propio. Patético.

Tanta inversión personal en cultura, para prescindir de los matices y tomar por cultura el resumen tosco y chabacano que prescriben los tutores de las banderas. De vagos, ignorantes y adolescentes, nada se espera, pero de ciudadanos que fueron una vez adultos y se esforzaron por adquirir cultura que los hiciera mejores, sumidos en un proceso autodestructivo cultural, degenerativo de la edad mental y de voluntaria trepanación intelectual... En lo profundo algo no les cuadra, pues como Testigos de Jehová o Mormones, buscan aceptación a su automutilación intelectual y devienen en tanto más proselitistas, cuánto más escaso es el mensaje.

La mayoría no han pasado de asumir muy parcialmente la cultura colectiva, cual adolescentes necesitados de la tribu urbana para sentirse parte de algo, sin llegar a la capacidad de los matices personales; pero la minoría culta que en algún momento maduró y se autotrepana por vértigo, para regresar a la adolescencia o incluso a la niñez, acaban haciéndose de nuevo pipí en la cama, y dando la culpa de ello a otros. El sentido del ridículo debe de residir en capas cerebrales similares a la crítica, pues sin el menor rubor pretenden el reconocimiento de su degradación intelectual, entre los que siguen la senda de la opinión y posición elaborada, matizada, razonada, propia,... única. Vergüenza ajena.